

Siria en el torbellino: Insurrección, guerras y geopolítica

JOSÉ ABU-TARBUSH

Universidad de La Laguna, Tenerife, España
josabu@ull.edu.es

EN RESEÑA DE • A REVIEW OF

Conde, Gilberto (coord.) (2017) *Siria en el torbellino: Insurrección, guerras y geopolítica*, Ciudad de México, El Colegio de México.



Catalogada en sus inicios como una guerra civil, la confrontación siria no se comprende sin la correspondiente dimensión regional, transnacional e internacional. La relación dialéctica existente, de influencia mutua, entre el conflicto sirio y su contexto regional es innegable. De hecho, su prolongación en el tiempo no se explica sin esos vínculos, tampoco la consiguiente expansión de la inestabilidad política y la violencia terrorista hacia los países del entorno e incluso más allá de la región de Oriente Próximo. A su vez, el creciente agotamiento de los recursos humanos y materiales de las fuerzas combatientes sirias ha implicado un mayor protagonismo de los principales actores externos. Así se puso de manifiesto en el compromiso alcanzado entre Rusia, Turquía e Irán para que las fuerzas opositoras y gubernamentales secundaran el alto el fuego tras la toma gubernamental de Aleppo en diciembre de 2016 y celebraran una ronda negociadora en Astana, Kazajistán, en enero de 2017.

Sin embargo, de aquí no cabe concluir de manera precipitada que la hipotética pacificación de Siria depende sólo de los actores regionales e internacionales. Si bien su determinación es fundamental, no es menos cierto que también dependerá del consentimiento y compromiso que sostengan los actores locales, en particular, de aquellos que poseen una considerable autonomía de sus aliados (o patrones) externos y, por tanto, gozan de mayor capacidad de acción sobre el terreno para secundar los potenciales acuerdos o bien, por el contrario, para dinamitarlos (Haid, 2017). No obstante, conviene precisar que pacificación no es un término equivalente a resolución. Éste es un proceso mucho más complejo y profundo que requiere abordar las causas estructurales del conflicto e implicar al conjunto de la sociedad (Brooks, 2017).

Es de temer que, de momento, el escenario actual se asemeje más a los preámbulos de cierta pacificación que a los de una auténtica resolución. De entrada, los principales actores del conflicto no identifican de manera semejante las causas que dieron lugar a la confrontación armada. Por el contrario, las acusaciones mutuas ha sido la tónica dominante. Mientras el gobierno imputa como causa principal una conspiración internacional de la que participa el conjunto de las fuerzas opositoras (des)calificadas como terroristas, la oposición identifica el problema central en la prolongada dictadura de los Assad y su férrea represión de la contestación política. Por tanto, difícilmente se puede advertir una vía de resolución cuando todavía se carece de un diagnóstico consensuado del problema que, a su vez, se ha visto agravado por los múltiples actores e intereses en juego.

Ante esta enmarañada tesitura, que requiere un análisis multidimensional, se ubica la obra colectiva coordinada por el profesor Gilberto Conde. Con una introducción a los entresijos de la política siria, en la que recoge de manera sintetizada su evolución durante los últimos años, Conde contextualiza la ruptura del orden social y político que llevó al actual conflicto. En este mismo apartado explica la organización interna del libro, dividido en tres grandes bloques que se corresponden con el itinerario interno, regional y global, que comprende tanto la dimensión internacional (o interestatal) como la transnacional (o no estatal).

Siguiendo ese orden, en el capítulo 1: “Génesis del torbellino sirio: Insurrección, represión y guerras”, el profesor Conde analiza cómo la creciente espiral de protestas, cívicas

y pacíficas, derivaron en una guerra dilatada en el tiempo, extremadamente compleja y multidimensional: civil (fuerzas gubernamentales y opositoras), regional (principales potencias regionales como Turquía, Arabia Saudí e Irán), transnacional (sectarismo comunitario y terrorismo yihadista) e internacional (tensión entre Rusia y Estados Unidos, principalmente).

Desde esta óptica, el autor advierte el dilema al que se enfrentó el gobierno ante la rebelión de la ciudadanía: asumir las reformas demandadas y, en consecuencia, arriesgarse a perder el poder ya fuera de manera parcial o total; o bien acallar las protestas mediante la represión, con el riesgo de derivar en una violenta confrontación civil. Por su parte, la oposición rechazaba la militarización, sectarización e internacionalización de la revuelta, pero no pudo impedir que el conflicto derivara por esos mismos derroteros que intentaba evitar. Semejante deriva no fue ajena a la estrategia gubernamental que buscaba dividir y radicalizar a la heterogénea oposición. Con ese propósito, el gobierno se empleó a fondo en la represión, de manera masiva e indiscriminada, pero centrada sobre todo entre las poblaciones de mayoría suní; y también recabó el apoyo de fuerzas externas identificadas con el mundo shíi como Irán, Hezbolá y otras milicias afines. Los planteamientos políticos de la oposición sufrieron el consecuente desgaste ante la creciente frustración y radicalización de ciertos sectores sociales de los que, en buena parte, se retroalimentaron las fuerzas salafistas y yihadistas (Lister, 2015).

De este modo, el gobierno consiguió uno de sus principales propósitos en la guerra de propaganda e información: ningunear a la sociedad civil que había protagonizado inicialmente las protestas pacíficas, con una agenda reformista y democrática. En su lugar, frente a esta incómoda oposición, que suscitaba una creciente simpatía internacional, se visibilizó la imagen del radicalismo y la violencia extrema a manos de los distintos grupos salafistas y yihadistas, que causaban el efecto contrario, de rechazo y temor. Era una oposición cómoda y adecuada a los propósitos gubernamentales. De hecho, Assad había amnistiado a los presos yihadistas con ese mismo fin, de desvirtuar las protestas civiles y pacíficas. Así incluía a toda la heterogénea oposición en un mismo cajón de sastre, sin advertir –deliberadamente– ninguna distinción para descalificarla en su conjunto como terrorista. Este discurso oficial se ha mantenido como un mantra desde entonces, al mismo tiempo que el presidente al-Assad se presentaba como un “mal menor”, remitiendo al exterior un mensaje bien claro: “yo o el caos” (Álvarez-Ossorio, 2016: 9).

Además, de la heterogénea oposición secular, que integra desde liberales hasta comunistas, nacionalistas e incluso antiguos miembros del régimen, cabe distinguir las diferentes corrientes existentes que integran las fuerzas islamistas. Así, en el capítulo 2: “La fractura del campo islamista en el conflicto sirio”, el profesor Ignacio Álvarez-Ossorio advierte tres acepciones: una, las ubicadas en el campo del denominado Islam político como los Hermanos Musulmanes; dos, las de corte salafista como el Frente Islámico que reúne a varios grupos, entre los que destaca Ahrar al-Sham; y tres, las netamente yihadistas como el Frente al-Nusra (vinculado a al-Qaeda y rebautizado como Frente Fatah al-Sham en 2016) y el autoproclamado Estado Islámico o Dáesh (por sus siglas en árabe).

El contraste entre dichas fuerzas es evidente. De hecho, la evolución experimentada por la Hermandad Musulmana hacia posiciones más pragmáticas y democráticas la ubica junto a la oposición pro-democrática. Por el contrario, los salafistas y yihadistas, imbuidos de un fuerte dogmatismo y totalitarismo, rechazan la democratización y secularización; sin contemplar otra alternativa que no sea un Estado islámico guiado por la *sharía*. Otro contraste se debe a su implantación sobre el terreno, la Hermandad parece tener mayor eco sociopolítico en el exterior que en el interior, como se ha corroborado durante los últimos seis años y otros estudios han puesto igualmente de manifiesto (Lefèvre 2015). Por su parte, los salafistas y yihadistas gozan de una mayor visibilidad debido a su despliegue militar, sin que necesariamente sea equivalente o representativo de implantación social o política. Además de oponerse a cualquier concesión y negociación, como señala Álvarez-Ossorio, dichas fuerzas representan una amenaza para la propia opción del Islam político, que ha visto socavada la hegemonía de la que gozó en otra época entre los movimientos islamistas; y también para la agenda reformista, de modernización y democratización. Sin olvidar su sectarismo visceral, que atemoriza a las minorías étnicas (kurdos) y confesionales (ya sean de obediencia musulmana como los alauíes, drusos e ismaelíes, o bien cristiana).

Esta creciente espiral de radicalización, militarización y sectarismo tuvo un impacto devastador. Una de sus primeras víctimas fue la propia sociedad civil, que quedó atrapada entre el fuego cruzado del régimen y los rebeldes. Su gran logro movilizador fue alterado y empañado por el protagonismo que adquirió la violencia. Pese a quedar anegada en su visibilidad externa, la sociedad civil siria ha persistido en sus movilizaciones, tejiendo redes de solidaridad incluso durante la guerra. En el capítulo 3: “Desafíos de la sociedad civil en la Revolución Siria. El papel de los actores civiles en los territorios de la oposición siria”, Alhasan Haidar analiza tres iniciativas de la sociedad civil que, a su vez, ilustran su persistencia en condiciones extremadamente adversas. Todo un canto a la esperanza en medio de tanta desolación.

El efecto de la radicalización y sectarización tampoco dejó indiferente a las minorías, menos aún a la de los alauíes, asociada al poder durante su ascenso social a lo largo de la segunda mitad del siglo XX; y de la que se ocupa Ángel Horacio Molina en el capítulo 4: “Los alauíes en Siria: supervivencia y poder”. Cooptados durante el periodo de entreguerras por el Mandato francés, los alauíes procedían de sectores rurales y de los escalafones más bajos de la estructura social. A semejanza de lo que ocurría en otras partes del mundo postcolonial, el ingreso en el ejército garantizaba cierto ascenso social. Pese a representar en torno a un 12 por ciento de la población, la presencia de alauíes en las fuerzas armadas era muy significativa. Algunos de sus miembros ocuparon puestos de responsabilidad en la oficialidad e incluso alcanzaron la cima del poder tras el golpe de Estado de Hafez al-Assad en 1970 (Seale, 1988).

Con objeto de ampliar su base de apoyo y legitimidad, señala Horacio Molina, estableció una alianza de corte interconfesional e interclasista, asentada en tres pilares: control del aparato del Estado; cooptación de la burguesía suní; y políticas populistas y redistributivas de la riqueza, en particular entre la población rural. El relevo en la cúpula de poder

(2000) implicó también un relevo generacional e ideológico, con jóvenes tecnócratas formados en el extranjero y sin los vínculos comunitarios de la crecientemente reemplazada vieja guardia. La liberización económica no fue secundada por la ansiada apertura política. Su impacto no tuvo ninguna compensación sociopolítica. Las expectativas de cambio ante el relevo generacional en la elite del poder, que suscitó la denominada *Primavera de Damasco* (2000), se vieron frustradas. Unido al continuo abandono gubernamental del campo, se sumaron cuatro años consecutivos de sequía y las revueltas árabes de 2010-2011. La sociedad civil siria y las organizaciones opositoras poseían una década de bagaje movilizador. Esta nueva expresión del descontento político fue secundada también por muchos alauíes que, lejos de ser un bloque cohesionado y monolítico, denunciaban la corrupción, el autoritarismo, la desigualdad y la injusticia social. Pero la deriva radical y sectaria contribuyó a que percibieran en el régimen un “mal menor” frente a un futuro lleno de incertidumbres si se imponían las fuerzas salafistas-yihadistas. En suma, como sostiene el autor, su comportamiento no fue tanto un logro del gobierno como una debilidad de la fragmentada oposición.

La minoría kurda es analizada por Juan Carlos Castillo en el capítulo 5: “Narrativas de las organizaciones políticas kurdas y su papel en el torbellino sirio”. Además de la fragmentación de su paisaje político, la característica más sobresaliente se debe al auge del Partido de la Unidad Democrática (PYD), que ocupó el vacío de poder dejado por las fuerzas gubernamentales en Rojava, región integrada por los cantones de Afrín, Kobane y Al-Yazira. Con la militarización de las protestas, el PYD asumió un indudable protagonismo, asentado en una participación popular, secundada por diferentes organizaciones de la sociedad civil kurda. Su experiencia en la administración autónoma de esta región genera sentimientos encontrados, de admiración y de recelo, debido tanto a su creciente reconocimiento internacional como, no menos, a una gestión más participativa y democrática, calificada en ese contexto de revolucionaria; y, en consecuencia, objeto de numerosas acechanzas, en particular, de Ankara.

Otra minoría afectada por el conflicto, en este caso diaspórica, es la palestina, analizada por Doris Musalem Rahal y Agustín Porras Macías en el capítulo 6: “El interminable éxodo de los refugiados palestinos: el caso de Yarmouk en Siria”. Su estudio, centrado en este histórico y simbólico campo de refugiados, también recoge su comportamiento sociopolítico durante la revuelta, sujeto a su condición de refugiados, muy vulnerable y susceptible de transformarse en un chivo expiatorio de los diferentes bandos enfrentados como, así, finalmente sucedió. Los 160.000 habitantes del campo de Yarmouk quedaron reducidos a menos de 4.000. No era la primera vez que una agrupación de la diáspora palestina en Oriente Próximo se veía forzada a desplazarse nuevamente.

Este primer bloque de la obra es cerrado por Víctor de Correa-Lugo, médico, escritor, activista y profesor de la Universidad Nacional de Colombia, con una contribución: “Siria: La (a veces olvidada) agenda humanitaria” en el capítulo 7. Con cerca de medio millón de muertes y más de la mitad de la población desplazada tanto dentro como fuera de sus fronteras, la crisis humanitaria siria es una de las más impactantes de los últimos tiempos. Después de realizar algunas importantes precisiones conceptuales, el autor se

centra en la respuesta internacional desde una óptica crítica, que apela a la resolución del problema desde la política, pues la acción humanitaria sólo opera en los síntomas del problema, no en sus causas. Dicho en otros términos: no sólo es cuestión “de *rice*, sino también de *rights*” (p. 209).

En la segunda parte del libro se aborda el entramado regional. Irán es objeto de dos capítulos, el 8: “Irán, Siria y la nueva geopolítica de Medio Oriente”, del profesor Zidane Zeraui; y el 13: “Irán y la Revolución Siria: entre la injerencia militar y la mediación diplomática”, del profesor Moisés Garduño García. Zeraui considera que Irán ha sido el gran vencedor, por cuanto mantiene a su aliado en el poder en Siria y consolida su influencia en el norte de Oriente Próximo y Medio (desde Teherán hasta Beirut, pasando por Bagdad y Damasco), reforzando su ascenso regional e internacional. En su opinión, Teherán parece haber retomado la trayectoria prerrevolucionaria, de la era del *sha*, que buscaba expandir su área de influencia regional. Esta proyección estratégica de Irán en Siria es recogida por el profesor Garduño, que enfatiza que sus vínculos son de carácter geopolíticos, no religiosos. De modo que dicha alianza es susceptible de alterarse, dependiendo de cómo se desarrollen los acontecimientos sobre el terreno. Además de concluir que Siria se ha transformado en terreno de la disputa entre las principales potencias regionales, que buscan asegurar sus intereses a expensas de las expectativas de cambio político que demandaban sus hombres y mujeres.

Las petromonarquías del Golfo participan, con diferente protagonismo, de esa rivalidad regional. Tema desarrollado por la profesora Alejandra Galindo en el capítulo 9: “Los desafíos de los países del Consejo de Cooperación del Golfo ante la crisis de Siria: Arabia Saudí y Qatar”. Si bien dichos países comparten un mismo objetivo en Siria, centrado en frenar o neutralizar la creciente influencia iraní, también se han registrado diferentes sensibilidades políticas entre Arabia Saudí y Qatar, reflejadas en sus apoyos a distintos grupos combatientes sirios. El resultado ha sido paradójico, pues han contribuido a incrementar la fragmentación de las fuerzas rebeldes y debilitar su propia estrategia; además de retroalimentar el sectarismo y la radicalización.

Otro actor no indiferente, ni precisamente pasivo ante el conflicto, es Israel. Tema abordado por el profesor Luis Mesa del Monte en el capítulo 10: “Israel y el conflicto en Siria. De la ‘ambigüedad estratégica’ a los ataques militares puntuales”. Su principal dilema ha oscilado, de un lado, entre preferir “el diablo conocido” y “disuadido”, el entendimiento táctico con al-Assad, y evitar su caída y caos antes que, de otro lado, enfrentarse a nuevos demonios, las fuerzas radicales y yihadistas, que pueden hacer de la confrontación con Israel una prioridad. No obstante, en los cálculos estratégicos israelíes Irán es identificado como la primera amenaza regional y, por extensión, Hezbolá. De ahí sus intervenciones puntuales que, teóricamente, buscan impedir un rearme más sofisticado de la milicia libanesa. Su calculada ambigüedad, cabe apuntar, tampoco es ajena a ver prolongada una guerra de desgaste en la que están involucrados muchos de sus enemigos. Sin menospreciar el recrudescimiento coyuntural de la tensión en los últimos tiempos; y el mensaje amenazante de Tel Aviv respecto a la permanencia de Irán en Siria.

Turquía también es objeto de dos capítulos, el 11: “Con el pueblo sirio pero sin al-Assad: política exterior de Turquía hacia Siria (2011-2015)” a cargo del profesor Ariel González Levaggi; y el 12: “Un material barato de la política interna: Resonancia del conflicto sirio en la crisis política turca”, de la profesora Lucía Cirianni Salazar. Vertebrada como una potencia regional, la política exterior turca hacia Siria ha pasado en los últimos años por diferentes fases, de normalización, amistad y enemistad. Sus intentos de mediación entre el gobierno sirio y la oposición se vieron frustrados. Pese a sus incentivos políticos, unido luego a la coerción económica, Ankara no pudo extraer concesiones reformistas de Damasco. La voluntad de liderazgo regional de Turquía vio en las revueltas árabes una oportunidad para ampliar esa proyección. Pero los retrocesos experimentados, en particular, en Egipto, pusieron de manifiesto los límites de su poder e influencia.

Su implicación en Siria ha registrado importantes costes internos: refugiados (alberga a más de dos millones), incremento de la tensión e inestabilidad política; además de la violencia terrorista. También afectó de manera negativa a las negociaciones sostenidas con el movimiento kurdo, frustrando las expectativas creadas y propiciando nuevos enfrentamientos. La instrumentalización del conflicto sirio –en clave de política interna– tuvo en la ruptura del proceso de paz su mayor coste, según Ariel González. Sin olvidar la creciente deriva autoritaria del presidente Erdogan.

El tercer bloque tiene por objeto la geopolítica mundial en la crisis siria. Iniciado por el profesor Enrique Baltar Rodríguez que, en el capítulo 14, analiza: “El uso de armas químicas en Ghouta y la geopolítica del conflicto en Siria”. Después de repasar los acontecimientos y el informe de la ONU, concluye que: “la escala y los medios utilizados en esos incidentes hubieran tenido algún valor o justificación militar, o que estuvieran en congruencia con la potencialidad de las capacidades operativas de los arsenales atribuidos al régimen sirio” (p. 430). Al mismo tiempo sostiene que, con “la documentación pública conocida”, tampoco se puede demostrar que fuera obra de “los diferentes actores anti-gubernamentales, internos y externos, para allanar el camino a la intervención” (p. 430). Tema doblemente controvertido por su autoría y por el incumplimiento de la amenaza de Obama si se cruzaba esa línea roja.

Ningún otro actor internacional ha ejercido, desde la posguerra, mayor influencia en Oriente Medio que Estados Unidos. Pero su papel en Siria estuvo muy limitado durante la Guerra Fría y, también, tras la conclusión de la confrontación bipolar. Pese a registrarse alguna mejora en las relaciones bilaterales durante un breve periodo de la posguerra fría, el distanciamiento entre Washington y Damasco ha sido la pauta predominante. Desde la óptica estadounidense, entre los ingredientes de ese desencuentro destacan el fracaso en las negociaciones de paz con Israel, el apoyo a Hamás y Hezbolá, la prolongada presencia e intervención siria en el Líbano; y la obstaculización de la ocupación estadounidense de Iraq. En el capítulo 15: “Estados Unidos en la guerra civil siria”, el profesor Rafat Ghotme vincula el limitado papel de Estados Unidos en Siria a los cambios que se registran en la estructura de poder del sistema internacional. En concreto, su incapacidad para revertir la guerra en Siria en términos favorables a sus intereses, o bien para ponerle fin, refleja el declive de su predominio geoestratégico o, en su caso, hegemonía. Por el contrario, su

gestión del conflicto se ha articulado mediante la política de equilibrio de poder ante la oposición e intervención de Rusia e Irán, que lograron –respectivamente– acuerdos para el desarme químico sirio y el programa nuclear iraní; además de mantener al-Assad en el poder (objetivo que, cabe recordar, dadas las mencionadas derivas y alternativas, tampoco desagrada del todo a Washington).

Rusia ha escenificado en Siria su retorno a la primera línea de poder del sistema internacional, objetivo largamente buscado por Putin desde su llegada al Kremlin (2000). Semejante búsqueda de reconocimiento, unido a su interés por frenar una intervención occidental a semejanza de la de la OTAN en Libia (2011), explican la de Moscú en Siria. Después de su injerencia en Ucrania y anexión de Crimea, Rusia no deseaba que se estableciera un precedente más de intervención humanitaria, susceptible de aplicarse en el espacio postsoviético. Sin menospreciar, obviamente, sus intereses estratégicos en Siria. Tema sobre el que reflexiona la profesora Valentina Prudnikov Romeiko en el capítulo 16: “Una nueva fase en la cooperación militar estratégica entre Rusia y Siria”. Después de realizar un repaso histórico a las relaciones bilaterales entre Moscú y Damasco antes y después de la Unión Soviética, la autora centra su atención en la nueva política exterior rusa, más pragmática y menos ideologizada; y en la que Siria ocupa una prioridad como enclave geoestratégico para el suministro energético (gas y petróleo). A lo que suma otras importantes consideraciones, como frenar la influencia estadounidense y, en su lugar, desplegar la rusa; contener el terrorismo yihadista y, en particular, evitar situaciones de caos que han seguido a las políticas de cambio de régimen de Estados Unidos en Afganistán, Iraq y Libia.

En comparación con Rusia, la política exterior china ha sido menos visible, pero no por ello ha dejado de ser menos efectivo su repetido ejercicio del veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, junto a Rusia. Llama la atención este comportamiento analizado por la profesora Marisela Connelly en el capítulo 17: “Posición de China frente al conflicto sirio”. Su objetivo en el uso del veto no difiere sustancialmente del ejercido por Rusia. Ambos países se abstuvieron en el caso de Libia y, por tanto, no deseaban que ese comportamiento se volviera a malinterpretar en el asunto de Siria. También comparten sus reservas en torno al denominado derecho a proteger. Sus deseos de contener la influencia de las potencias occidentales en la región apuntan hacia la construcción de un mundo multipolar. En esta dinámica, cabe esperar que China juegue un papel cada vez más activo en Oriente Medio a tenor, como señala la profesora Connelly, del despliegue diplomático que ha otorgado a la resolución del conflicto sirio. Su política exterior, además de la discreción, se ha mantenido en las pautas tradicionales de respecto a la soberanía y rechazo a la intervención; además de un evidente pragmatismo. China es consciente de sus limitaciones en la región, sin el peso de Estados Unidos y, más reciente, de Rusia. De momento, su fuerte sigue siendo la diplomacia económica y comercial, pero será cuestión de tiempo que reivindique una estatura política similar a la económica.

A semejanza de lo que sucedió en otros países afectados por las revueltas árabes, con la personalización del régimen en la figura del presidente, en Siria parece que la victoria o la derrota se juega a una sola carta: la continuidad o marcha de Bashar al-Assad. La profesora

Marta Tawil analiza esta cuestión en el capítulo 18: “La transfiguración de Bashar al-Assad en las percepciones internacionales”. Las fluctuaciones de la imagen del presidente sirio han sido una constante; además de denominador común tanto en la prensa internacional como en los principales círculos de la política mundial. La autora distingue tres claros periodos desde su designación y ascenso al poder: uno, 1998-2001, de joven, moderno y reformista, pero atrapado por el aparato del Estado, los servicios secretos y la vieja guardia; dos, 2002-2010, caracterizado por el distanciamiento de las políticas de Estados Unidos en la región, pero con quien había que contar; y tres, desde 2011 en adelante, identificado como un dictador a raíz de la respuesta represora que otorgó a las protestas populares. Como señala Tawil, su imagen ha sido moldeada en función de las distintas coyunturas. Hecho del que no es ajeno el propio Assad al presentarse como el garante de la estabilidad y la pluralidad de la sociedad siria, postulándose como el protector de las minorías confesionales ante la radicalización y el sectarismo que, por otra parte, también retroalimentó. En suma, esas constante fluctuaciones no son ajenas a los cambios de estrategia. El mejor ejemplo ha sido el pasar de exigir su abandono del poder a buscar un compromiso con el mismo.

Finalmente, los dos últimos capítulos que cierran este bloque y el conjunto de la obra son los relativos a la política exterior de algunos países latinoamericanos hacia Siria. El capítulo 19: “América del Sur frente a la crisis siria. Los casos de Argentina, Brasil y Venezuela”, de la profesora Mariela Cuadro; y el capítulo 20: “Semejanzas ideológicas y diversidad diplomática de la Alianza Bolivariana frente a la crisis siria”, de la profesora Élodie Brun. Mariela Cuadro pone de manifiesto el vínculo existente entre política interior y exterior. Los gobiernos posneoliberales se han mostrado contrarios a la unipolaridad y a las injerencias externas. Distingue la autora el difícil equilibrio mantenido por Argentina y Brasil, de abogar por la defensa de los derechos humanos en Siria y al mismo tiempo mostrarse contrarios a una intervención exterior. Mientras que Venezuela primaba los derechos de segunda generación y adaptó una narrativa del conflicto semejante a la de Rusia e Irán. En una línea similar se posicionaron los países integrantes de la Alianza Bolivariana. En rasgos generales, secundaron las pautas de Rusia, China e Irán, pese a algunos matices que advierte Élodie Brun con la flexibilización de su voto en la ONU.

En suma, la obra que coordina el profesor Gilberto Conde contribuye a la comprensión de este complejo conflicto desde diferentes niveles de análisis, abordando temas específicos poco desarrollados hasta el momento en la literatura especializada, al menos en castellano. No es habitual, por poner sólo un ejemplo, abordar el papel de China en Siria. No menos importante es la explicación inicial del propio profesor Conde en la deriva de las protestas pacíficas hacia la confrontación armada, que resulta clave para comprender una de las principales incógnitas del conflicto. Como en toda obra colectiva, las contribuciones no siempre son homogéneas en su alcance; además de algunas reiteraciones que, cabe advertir, son inevitables en un texto tan voluminoso.

1. Referencias bibliográficas

- Álvarez-Ossorio, Ignacio (2016) *Siria. Revolución, sectarismo y yihad*, Madrid, Los Libros de La Catarata.
- Brooks, Caroline (2017) Syria: Is peace possible if Assad stays? *OpenDemocracy*, 20 de marzo, disponible en: <https://www.opendemocracy.net/arab-awakening/caroline-brooks/syria-is-peace-possible-if-assad-stays>
- Haid, Haid (2017) Syrian Rebels Are Pushing Back Against Their Patrons, *Chatham House*, 22 de febrero, disponible en: <https://www.chathamhouse.org/expert/comment/syrian-rebels-are-pushing-back-against-their-patrons#sthash.CxgOwXjF.dpuf>
- Lefèvre, Raphaël (2015) Islamism within a civil war: The Syrian Muslim Brotherhood's struggle for survival, *The Brookings Institution*, disponible en: https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/07/Syria_Lefevre-FINALE.pdf
- Lister, Charles R. (2015) *The Syrian Jihad: Al-Qaeda, the Islamic State and the Evolution of an Insurgency*, Oxford, Oxford University Press.
- Seale, Patrick (1988) *Asad of Syria. The Struggle for the Middle East*, Berkeley, University of California Press.